

tió dos golpecitos dados sobre los cristales de la puerta que daba a sus espaldas.

Profundamente extrañado fue a abrir, y tuvo un momento de sorpresa cuando el Padre Hans entró al cuarto cerrando tras sí la puerta con aire misterioso. 12

—Buenas noches, Rafael María— saludó con marcado acento extranjero.

—Buenas noches, señor—contestó respetuosamente el chico.

—Oh, bueno, ¿usted se divierte, un poquito, eh, un poquito?

—No señor—contestó Rafael María temeroso de haber incurrido en alguna pena. Sólo estaba mirando la luna.

—Ah, sí, muy bello, muy bello—dijo el padre acercándose al balcón.

Miró el panorama que se extendía ante su vista, y agregó con un acento que no dejó de extrañar a Rafael María:

—Oh, la vida afuera. muy alegre, muy bonita... La libertad... ¿No está usted aburrido? Mucho encierro, mucho rezar, mucho estudio...

—¿Y? No señor; estoy muy contento... Me siento feliz...

—¡Y tan joven! —exclamó el Padre, admirado; y agregó—Usted no me dice la verdad... Usted desearía salir, ir a algún teatro... Tomar otra carrera...

—No señor, estoy muy contento en el se-

1- minario, y mi mayor deseo es terminar la carrera eclesiástica, contestó resueltamente Rafael María.

El Padre hizo un mohín de incredulidad, y dejó el balcón. Avanzó lentamente, y se sentó con toda confianza en el catre de Rafael María. Este permaneció de pie frente al Padre, en actitud de respeto y lleno de extrañeza por lo que oía de los labios de aquel sacerdote.

—Venga, siéntese aquí — dijo de pronto al chico.

—Gracias, señor, contestó Rafael María; y trató de alcanzar una silla.

—Oh, aquí cerca — insistió el Padre. Y tomándole una mano, lo atrajo a su lado y le sentó.

Como si aquella obediencia hubiese enardecido al Padre Hans, empezó a acariciar resueltamente la cabeza de Rafael María, y con voz que trataba de dulcificar lo más posible, exclamaba:

—Muy bello, sí, muy bello. ¡ Lindos ojos!

Rafael María le miró al soslayo, encendido de rubor, sonriente en su inocencia, y no supo qué contestar. Bajó la cabeza y guardó silencio. No atinaba a comprender aquellas manifestaciones de cariño de parte de su profesor, a quien conocía de poco tiempo acá, por estar recién llegado al Seminario.

El Padre Hans hablaba en un lenguaje equí-

voco, que disgustó sobremanera a Rafael María, quien poco a poco empezó a separarse del Padre, con manifiesto disgusto.

Éste pareció notar el desvío del chico, y quitando el brazo con que le había ceñido el cuello, dijo en tono de reproche:

—Muy huraño conmigo! No tiene razón... Yo lo quiero mucho y tenemos que ser buenos amigos.

—Si señor, contestó Rafael María, yo agradezco a usted sus atenciones, pero le ruego que me excuse de ellas... No las merezco...

—Oh, usted merece mucho, todo mi cariño... Yo le ruego que me permita venir a verlo algunas noches... Estudiaremos juntos, le haré adelantar... Conversaremos como buenos amigos...

—Gracias, señor, yo agradezco mucho sus buenos deseos, pero prefiero estudiar en la clase... Y estar solo en mi cuarto para escribir mis lecciones.

Rafael María temió haber ido demasiado lejos y enojado a su profesor, al cual después de todo, respetaba doblemente por su carácter sacerdotal. Temía crearse mala atmósfera en el profesorado, y comprendía que si el Padre Hans se disgustaba, surgirían dificultades que podrían obstaculizar sus estudios. Queriendo remediar la sequedad de su contestación, agregó después con timidez: —Algunas noches, sí, al-

gunas... Si el señor Rector lo permite, puede venir...

Al oír estas últimas palabras, el Padre Hans pareció inmutarse, y replicó vivamente:

— Oh, no, yo no quiero que el señor Rector lo sepa... Ha de ser esto privado, muy privado... Un secreto entre nosotros dos.

Al pronunciar estas palabras la voz le temblaba llena de emoción.

Rafael María irguió con dignidad la cabeza y quedóse mirando al Padre Hans fijamente. Todo lo había comprendido a pesar de su ignorancia acerca de esos tremendos extravíos en que suelen caer por no se sabe qué horribles y misteriosas degeneraciones, ciertos seres ~~inmundos~~ y depravados, que constituyen el último eslabón de la animalidad. Con que era cierto que existían tales perversidades? Oh, qué espantosa revelación fue esa para aquella alma pura, angelical, que había buscado aquel santo refugio, como una isla de salvación en el tormentoso mar de la vida!

Rafael María habíase puesto de pie en medio de aquella dolorosa sorpresa, y con los ojos brillantes por las lágrimas y la indignación, contestó con voz llena de firmeza:

— Padre Hans, lo que usted me propone es indigno de un ministro de Dios. Yo le perdono, con la condición de que no vuelva usted a poner los pies en este cuarto, de lo contrario...

— Oh, no, calle usted! — interrumpió el Padre Hans, suplicante de miedo.

— No diré nada, se lo prometo. . . ¡ Que Dios lo perdone!

El Padre Hans alargó una mano que Rafael María estrechó noblemente, y salió del cuarto andando de puntillas, con el rostro oculto entre las manos, exclamando: — Soy muy desgraciado, muy desgraciado!

La historia del Padre Hans era la de muchos de esos infelices que siguen la carrera eclesiástica por seguir alguna, la generalidad de las veces forzados por circunstancias que se imponen con fatalidad implacable, sin darse cuenta del tremendo sacrificio a que tiene que sujetar toda una existencia exasperada — si han de ser fiel a sus leyes —, por la más cruel de las aberraciones.

Siempre hubo dudas acerca de la nacionalidad del Padre Hans: él aseguraba ser polaco. Había llegado a Costa Rica hacía cuatro años, y obtenido un curato ~~en los lugares más~~ apartados, curato que tuvo que abandonar en virtud de un proceso escandaloso que se le siguió. Fue suspendido de las funciones sacerdotales por un largo tiempo, en el cual vivió oculto en la región del Sarapiquí, dedicado al cultivo del cacao en la finca de un pariente suyo que allá trabajaba desde hacía muchos años, con éxito admirable.

Volvió después a la capital y mediante influencias desplegadas en su favor, y propósitos de enmienda, había obtenido una modesta plaza de profesor en el Seminario, que servía con toda idoneidad; era un gran polígloto y entomólogo muy apreciable.

Esa noche, Rafael María no pudo conciliar el sueño. Él, que creía a pie juntillas en la virtud sacerdotal, había experimentado una dolorosa angustia que le torturaba el alma. El telón se había descorrido ante su vista y veía ahora, con ojos de espanto, cómo habían caído los falsos ídolos del albo pedestal en que él los colocara para empezar a mirar la comedia de la hipocresía.

XVI

Pablo, estaba radiante de alegría. Había pasado los exámenes previos al bachillerato, en compañía de su amigo Alonso, el novio de su hermana.

El tribunal había reprobado un crecido número de aspirantes, que ahora, ya tarde, maldecían su pereza y su negligencia, que siempre les hacía ver tan lejanos los exámenes de fin de curso. «Bah, hay tiempo... Me apuraré el último mes. Con un buen repaso tengo suficiente»... Y habían llegado los exámenes pero no el repaso, y aquel montón de rezagados no tenía otra cosa en la mollera que buenos propósitos... y muchos deseos de pasar el Rubicón que ahora aparecía ante sus ojos como un mar Mediterráneo. ¡El naufragio!

Pablo y Alonso, pues, se consideraban afortunados; ahora sí, tomarían una buena vacación; se irían a San Roque a pasar unos cuantos días de asueto, antes de orientar sus nuevos estudios. ¡A gozar, a divertirse!

Alonso, por su parte, pensaba con hondísima fruición en este viaje. Volvería a ver a Eulalia.

¿Cómo estaría? De seguro mucho más hermosa.
 ¡Hacía casi un año que no la había visto!

13
 14
 A Alonso, Eulalia le había entrado por los ojos, como vulgarmente se dice—lo que subyugó desde el primer momento la imaginación del muchacho, fue aquella exuberancia, aquella plasticidad de Eulalia, sin parar mientes en ninguna otra cosa, ni inquirir nada acerca de la psicología de aquella hermosísima flor sin perfume. ¡Estaba tan joven él para pararse a discurrir en tales cosas! Era hermosa, una hermosa estatua de carne, y eso había bastado para enardecer su pasión, en esa edad amable en que se cree que toda mujer debe ser un ángel precisamente porque es hermosa.

15
 La cortejó algún tiempo, con esa asiduidad de muchacho que quiere *tener novia* a quien gajantear, a falta de otra cosa que hacer, y así vivió algún tiempo, en coloquios que él creyó no tendrían fin, hasta que un día, día aciago y terrible, fue notificado por su padre de su próximo viaje a San José.

El creyó morir de pena y de dolor, ante aquello que él juzgaba una crueldad, pero tuvo que someterse a los deseos de su padre, y marchar a San José, con el único consuelo, de que empezaba a subir los peldaños de aquella larguísima escala, que al fin y al cabo debía conducirle a la posesión, el creía estar seguro, de lo que juzgaba su felicidad.

En cuanto a la chica, no pareció afectarse mucho con la partida de Alonso, y un mes después parecía perfectamente resignada.

(1) El le escribía siempre sus cartas fogosas y apasionadas, y cuando no, le dirigía postales con algunas frases que ella descifraba a su manera, con ese código, instintivamente convenido entre los amantes. «Hoy hace quince meses, cuatrocientos cincuenta días de aquel paseo al río. ¿Te acuerdas?» Frases análogas a esta, había escrito varias Alonso en sus tarjetas a Eulalia, con las que él creía despertar en el alma de su novia todo un universo de recuerdos, de situaciones vividas en horas felices que ya habían pasado, estaban tan lejos... Quizás todo se reducía a recordar a Eulalia el ramito de violetas que había pasado de su pecho al ojal de la americana de él, en uno de esos breves momentos de expansión en que se logra estar a solas con la amada, aun en medio de muchos ojos fiscalizadores, o el pedacito de corteza de una fruta que ella se había quitado de la boca para pasar a la de él, y que la había devorado ansiosamente, o cualquiera otra minucia de esas de que se forma el sentimiento más hondo y formidable que anima a la humanidad.

La muchacha sonreía, y consagraba a aquel amoroso ausente un bello recuerdo, pero sin esas ansias de enamorada, sino con esa cierta

pasividad de algunas mujeres que saben que son amadas, y eso les basta. Eulalia veía en Alonso un posible marido, confiada en aquella especie de laxitud con que veía rodar su vida, sobre la que el ocio desgranaba lentamente el sartal de sus horas, de una monotonía enervadora.

Ella sabía que Alonso era un muchacho de talento, de porvenir, no porque lo hubiese adivinado, sino por lo que de él se decía, por lo que de él le contaba su propio hermano Pablo, en párrafos elogiosos. «Alonso llegará muy alto—le había dicho—. Tiene grandes alas, y más que alas, cerebro».

Eulalia no entendía bien el símil, probablemente, pero pensaba que no sería del todo malo para ella ser algún día la señora del Juez de un distrito, o de provincia, o mejor de la de un Magistrado, si acaso a Alonso no se le antojaba abrir bufete, y trabajar en una vida menos poltrona que la de estos funcionarios que se la pasan hojeando expedientes, bostezando y mirando al reloj... y al almanaque. ~~Tarda tanto el último de cada mes!~~

Tal, a grandes rasgos, en lo pasional, la idiosincrasia pretérita de Eulalia.

En los momentos en que volvemos a hallarla, había sufrido algunas modificaciones, no por cierto muy sustanciales.

Desde aquella noche horrible, en que fue vic-

tima pasiva de ~~la~~ ^{atentado} insensata ~~hujaría~~ de su padre, la acosaba un malestar constante, un remordimiento que la turbaba hasta en sueños.

En los primeros meses de su embarazo, había enflaquecido un tanto, pero a medida que las indisposiciones inherentes a su estado habían ido desapareciendo, se encontraba mejor, y se mostraban a las claras esas morbideces peculiares en las presuntas madres jóvenes, que no pueden ocultarse a los ojos de un mediano observador.

La tranquilidad de su padre que seguía ejerciendo las altas funciones de su ministerio, con aquella costumbre mecánica de los empedernidos, le había dado un poco de calma, y aparecía más serena y resignada, pero, a pesar de todo, en el fondo de su conciencia, si es que así puede llamarse el raro sincretismo que la inspiraba, se agitaban con frecuencia, tremendas dudas, horribles presentimientos, miedos espeluznantes y, sobre todo, una aplastante sensación de vergüenza y de bajeza; pero no esa bajeza y esa vergüenza que nace en la propia conciencia como una justa compensación, como una sana reacción de ese *yo superior* que le ha sido dado a toda criatura humana, para que alumbre con sus vívidos destellos las hondas lobregueces de su animalidad, sino una vergüenza nacida en el orgullo, mejor dicho en la vanidad, que a veces, para ciertos seres, asume las condiciones de una semi conciencia.

¿Qué diría la gente? pensaba. ¿Cómo ocultar su estado, cómo justificarlo ante la sociedad?

Ella, la hija de un sacerdote católico, criada con el mimo de una verdadera señorita de aldea, ¿no había tenido reparo en entregarse con mayor vileza que cualquiera mujerzuela del arroyo que se entrega primero por amor, y que después se vende por necesidad o por vicio?

Y su hermano, educado en un ambiente de superior cultura, ¿cómo habría de soportar tanta afrenta?... ¿Cómo tendría ella el valor de presentarse ante Alonso, su novio, aquel excelente muchacho que tanto la amaba?

¿Cómo mirarle frente a frente, como antes, con aquella tranquila mirada llena de inocencia, cuando se muestra el alma toda entera en la serenidad de las pupilas, sin que la vergüenza enrojezca la faz con sus latigazos de fuego?

Ah, no, no podría; el peso enorme de su falta le haría bajar la frente, ante la mirada de amor de su novio, todo lealtad honradez y confianza. ~~No tenía en su favor, ni siquiera la excusa de una caída por amor.~~

Una noche, ella había confiado a su padre todos sus temores; hablaron en esa intimidad de cómplices, y divagaron sobre la mejor manera de remediar la situación.

El Padre Félix pensó en mandar a su hija a algún lugar de los alrededores y ocultarla así

con pretexto de enfermedad, pero cayó en la cuenta de lo inútil que resultaría tal medida, desde luego que Pablo iría a buscarla, e inquiriría sobre los detalles de la enfermedad de su hermana.

El Padre Félix había terminado aquella conversación diciéndole:

— Bah, no te preocupes, todo se arreglará.

Y ella, confiada como siempre, en el criterio de su padre, había pensado. Él, ministro de Dios, que tiene la facultad de perdonar los pecados, sabe lo que hace.

* * *

Dos días después Eulalia recibió un telegrama de San José: «Salimos tren de las ocho». El telegrama estaba firmado por el nombre de los dos amigos: *Pablo-Alonso*. Era ya más de mediodía, luego faltaba muy poco para la llegada de los dos estudiantes a El Piñal, pues el trayecto que tenían que hacer en cabalgaduras no excedía de tres horas y media, desde la estación ferrocarrilera más próxima.

Eulalia sintió que una súbita congoja la embargaba el alma. Su padre estaría en la sacristía tomando el café que allí le llevaba Onofre, después que decía la misa. Inmediatamente envió a llamarlo con David, su hermanito.

El Padre Félix entró, a poco rato, *oloroso a sacristía*, a incienso, que según una feliz expre-

sión del Padre Martín, en uno de sus famosos sermones, « era el olor de la pólvora con que los ministros de Dios combatían al demonio ». Otra vez, en otro famoso sermón (todos sus sermones eran famosos) había llamado a ese mismo olor, « afrodisíaco místico » que excitaba los más altos sentimientos de la pureza.

Eulalia entregó el telegrama al Padre Félix, quien dijo después de leerlo, un poco turbado:

— ¡Caramba, no pensé que vinieran tan pronto!

— Ya lo ves — repuso Eulalia también afectada.

— Vamos a disponer el cuarto... Y ya veremos.

Onofre empezó a trabajar: en un cuarto cercano al comedor se instalaron dos catres de tijera, bien acondicionados, un lavabo, toallas, jabón perfumado, velas y otras mil pequeñeces cuya falta sería indispensable en la casa de un cura, por añadidura pudiente.

El cuartito destinado a los dos estudiantes estaba verdaderamente confortable. Un hermoso ramo de flores alegraba la estancia. No es concebible la existencia de una mujer, por inculta que sea, sin que aparezca a su lado, ese bello presente que nos ofrece la naturaleza en su regazo, todos los días en todas las estaciones y en todas las latitudes.

¡ Qué estrecha, misteriosa hermandad existe entre las mujeres y las flores!

La llegada de Pablo y Alonso, abrió en la

vida y costumbres del Padre Félix, un parénesis de forzadas privaciones. Éste comprendía que, durante el tiempo que aquéllos permanecieran allí a su lado, tendría que seguir una conducta ejemplar, por lo menos en la apariencia; pues Pablo, su hijo, era ya un hombre, con mucho talento y lleno de perspicacia, lo mismo que su amigo Alonso. El cura discurría acerca de esto, con todo el egoísmo de que es capaz el ser humano, que no gusta de ser perturbado en sus asuntos privados, mayormente cuando hay de por medio cuestiones que atañen al corazón o a los vicios. En estos casos, los testigos estorban y se hacen insoportables, se les mira como a asurpadores de algo que es exclusivamente del dominio privado.

Por estas razones, el Padre Félix había sentido cierto disgusto a pesar de haber querido siempre a Pablo con verdadero amor, al tener la noticia de su próxima llegada, agravada con la circunstancia de venir también Alonso, el novio de su hija, a ratificar probablemente con más empeño su amor y su esperanza.

Ahora que el Padre Félix meditaba con calma frente a la escabrosa situación en que se encontraba; como único responsable de la catástrofe, veía, con la claridad de los hechos consumados, la profunda sima en que se había precipitado, arrastrando en su caída, sólo comparable a la de Luzbel, a aquella pobre hija suya, casi

irresponsable en medio de su ignorancia, que él no había querido combatir, sino con la energía de un buen padre al menos con la benevolencia de un sacerdote cristiano.

Ahora era que comprendía lo horrible y trascendental de su crimen. Eulalia deshonrada, Pablo desesperado por no poder vengar la afrenta, huyendo avergonzado de aquella casa maldita. Alonso, hundido en el infierno del engaño más cruel que pueda experimentar un amante honrado, y él, el sacerdote de Cristo, convertido en Judas, expuesto a la vergüenza pública, cubierto de oprobio, comido por los gusanos del remordimiento, y maldito de Dios y de los hombres.

Empezó a sentir que sus fuerzas flaqueaban, ante aquella cosa enorme que crecía ante sus ojos como una densa sombra que le iba envolviendo y ahogando... ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? ~~exclamaba lleno de miedo!~~

Como estos temperamentos son genuinamente fatalistas, él mismo consolaba sus grandes tribulaciones, pensando: «Dios lo quiere, estaba escrito, tenía que suceder.»

Se consideraba empujado por una fuerza superior, a la comisión de todos sus delitos; él mismo lo había predicado siempre: «No se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios».

—Yo soy un instrumento de la Voluntad... — pensaba: Respetemos sus altos designios.

Un ruido de caballería, sobre el empedrado de la calle, sacó al Padre Félix de sus abstracciones, y salió apresuradamente a abrazar a su hijo Pablo, y a dar a Alonso la más cordial bienvenida.

* * *

Tres días ha que los estudiantes están en la villa de El Piñal, entregados a las más dulces expansiones de su espíritu, sin zozobra de ningún género, y discurrendo paseos y deportes en qué emplear las horas del día. Algunas veces, cuando el calor apretaba, preferían quedarse en casa, entregados a la lectura, o bien allá se estaban bajo los copudos mangos de la placita, frente a la iglesia, tendidos a la bartola sobre el césped, con el libro entre las manos y el cigarrillo en la boca.

Otras veces se iban al trapiche del Padre Félix y se pasaban las horas viendo los manipuleos de la molienda, chupando caña de azúcar o bebiendo las espumas de la miel, ricas y jugosas, que el peón les servía en huacalitos o en trastos de madera rústicamente labrados.

Bien tomaban la revancha de sus días de estudiantes diligentes, pasados sobre los libros, y de las noches de vigilia transcurridas al lado de la lámpara preparando sus lecciones para el día siguiente, cuando en la calle vecina oían el rumor de la vida alegre, que convidaba a la

expansión y a la juerga en que se engolfaban sus otros compañeros, ahora tristemente rezagados al otro lado, donde se quedan los perezosos, los dormilones, los que no tuvieron fuerzas para vencer a brazo partido la corriente enervante de su desidia.

Alonso había experimentado una agradable sorpresa al encontrar a Eulalia tan hermosa; parecíale más alta, que había crecido algo: antojábasele ahora, que el óvalo de su rostro se había alargado un tanto, y adquirido una expresión rara, como de melancolía; sus ojos, a veces le miraban con cierta timidez, a veces con dulzura y generalmente con cierto sobresalto; todo lo cual le daban un aire sumamente interesante y atrayente.

Pero un detalle tenía a Alonso algo intrigado. Eulalia gastaba cierta reserva para con él, reserva que no se explicaba, pues siempre fue franca y confiada para corresponder a esos caprichos tan frecuentes entre enamorados. 12

En los tres días transcurridos, no había podido obtener un rato de expansión a solas, para decirle todo cuanto deseaba... ¡Después de una ausencia tan larga!... Él estaba seguro de ser correspondido, de ser amado por aquella muchacha, su primer amor, y no acertaba a explicarse el motivo de tal despego, de tal reserva por parte de Eulalia.

Algunas veces se excusaba de acompañar a

su amigo a alguna correría, con pretextos fútiles, y Pablo que comprendía perfectamente los motivos de aquella negativa, se largaba solo, para encontrar a su regreso al amigo con cara de mal humor, sentado allá, bajo la enredadera del patio, cerca del pozo, con un libro que no leía.

Ya había intentado Alonso provocar una explicación con Eulalia al día siguiente de haber llegado, pero ésta, que satisfizo los deseos de su novio, lo había hecho llevando a David, su hermanito, que parecía cosido a su falda. La conversación, pues, tuvo que ser en cierta forma pueril; no podía satisfacer los deseos de Alonso, que deseaba una amplia libertad para dar pávulo a sus amorosas vehemencias.

Había optado por hacerse el desdenoso; a veces pasaba fuera de la casa la mayor parte del tiempo, compareciendo en las horas oportunas para no hacerse esperar en la mesa, y se mostraba animado, alegre, decididor y bromista. Hacía alarde de un buen humor que estaba muy lejos de sentir, con el único objeto de ver si con ese aparente desamor, provocaba en Eulalia una reacción de esas tan frecuentes en la mujeres que aman, cuando creen notar algún desdén o enfriamiento en la persona amada. Pero esa táctica sólo había servido para aumentar su angustias y acrecentar sus ansias, puesto que Eulalia le dejaba hacer sin mostrar

ningún enojo por aquello que él suponía que debía de serle mortificante.

Poco antes de la hora de comer, en la tertulia que generalmente se celebraba en un corredor del jardín donde se tomaba el aperitivo, una copita de cognac o vermouth, Alonso siempre se acercaba a Eulalia, y allí podían cambiar algunas frases que sólo servían para iniciar una conversación que generalmente quedaba trunca, pues en la mesa la charla se generalizaba y le era imposible proseguirla sin que fuese oída por todos los comensales.

Algo había notado Pablo y no dejó de llamarle la atención la conducta de su hermana, quien siempre encontraba excusas para no acompañarlos, como en otros tiempos, a los paseos del trapiche, ni a dar dos o tres vueltas por la placita después de la comida.

Figuróse que alguna rencilla pueril habíase suscitado entre ellos y prefirió aparecer neutral en el asunto, pues no gustaba de tomar la iniciativa como mediador tratándose de su hermana.

Por las noches la tertulia solía instalarse al frente de la casa, bajo los árboles que la sombreaban, si el tiempo lo permitía, y en caso contrario, en el comedor del jardín, donde a veces se prolongaban hasta cerca de la media noche. El Padre Félix era el primero en retirarse, con el breviario en la mano, que ahora

no dejaba nunca, y poco después Eulalia, que había permanecido sentada al lado de Alonso, con el pretexto de que se hacía tarde o de acostar a su hermanito David, quien también participaba un rato de la tertulia, durmiéndose después sobre la banca, con esa facilidad con que se duermen los niños en cualquier posición en que se encuentren.

~~El estado de Eulalia no había sido advertido por Pablo ni por Alonso. Eulalia se daba muy buenas mañas para arreglarse, y dejaba correr las cosas a su fin, ya bastante tranquilizada en sus temores, segura en su fatalismo en que las cosas han de pasar... como deben, y no como uno quiere que pasen.~~

No valían súplicas de Alonso para que ella permaneciera en el corredor un rato más después que el Padre Félix y Pablo se habían retirado. Sonriente y en tono de amistosa intimidad, contestaba Eulalia:

—Ya es muy tarde... En el campo se debe acostar temprano y madrugar...

—Un rato más, por favor — suplicaba Alonso — lo que tú haces es bien extraño. ¿Ya no me quieres?

—¿Qué pregunta! Siempre te quiero lo mismo...

—No, tú eres otra... No eres la misma... No sé a qué atribuir ese cambio.

Eulalia sonreía mirando a Alonso con sus

bellos ojos luminosos, de extraños reflejos, y caminaba pasito a pasito, pasillo adentro, hacia su cuarto.

Él se quedaba mirándola por la espalda, inundado por la luz del reflector de la lámpara enfocada cerca de la puerta que daba al comedor.

— ¡Qué hermosa!—pensaba...— Ha engordado mucho—y acariciaban sus ojos aquellas caderas, de excesivas curvaturas para una muchacha de su edad—. Extraordinaria gordura—pensaba—; casi no lo había notado.

Ella se volvió para entrar en su cuarto y entonces él la vió de perfil, bañada por la luz.

—No olvide apagar la lámpara—díjole ella desde allá— ¡Buenas noches!

Alonso no contestó, quedóse parado allí algunos minutos, con la vista fija en la puerta por donde ella había desaparecido... Tuvo al fin la sensación de la soledad, y triste, meditabundo, se dirigió a su cuarto.

Pablo dormía profundamente; la vela ardía en la mesita, a su lado; sobre el pecho de su amigo había caído el libro que poco antes leyerá; vió el título: *Las Tentaciones de San Antonio*.

Quedóse mirando a su amigo de una manera indescriptible. Aquella fisonomía franca, noble, enérgica, le atraía con un sentimiento de hondo cariño, de piedad fraternal. ¡Qué parale-

lismo de ideas había despertado el título de aquel libro, en que se narran las congojas y las tribulaciones del alucinado solitario de la Tebaida, perseguido en aquel rincón del desierto, a los ochenta años de edad, por el demonio de la carne, que ora tomaba la forma de la Reina de Saba, ora la de mil cortesanas que le mostraban los encantos de sus cuerpos desnudos, con la vida de los clérigos modernos, con la vida del Padre Félix, en cuya casa se encontraba.?

Su cabeza hervía y en su alma se agitaban sentimientos nunca experimentados, como gotas de ponzoña que iban diluyéndose en su sangre y comunicándole una horrible fiebre que le hacía delirar, causándole vértigos de locura. Sintió necesidad de aspirar un poco de aire fresco y salió del cuarto con dirección al jardín. Poco rato después vió un bulto que avanzaba con precaución desde el fondo del pasillo hacia la lámpara que aún ardía, y que él se había olvidado de apagar, a pesar de la recomendación de Eulalia. Reconoció al Padre Félix cuando la luz le dió de lleno en su semblante; estaba en pyjama y calzaba pantuflas de fieltro. El pasillo quedó a oscuras, sólo alumbrado en un trecho por el resplandor de la luna que brillaba en toda su plenitud.

Era ya muy tarde cuando pensó en acostarse. Al abandonar el asiento donde había pen-

~~sado en tantas cosas, que ya ni recordaba, una horrible sensación de anonadamiento, algo raro llamó su atención cuando de manera casual miró hacia el pasillo adentro.~~

~~El Padre Félix lo cruzaba en dirección a su cuarto. Le reconoció perfectamente. La sorpresa que causó en el ánimo de Alonso esta visión fué inmensa. Qué hacía el Padre levantado a tales horas? De dónde venía, puesto que marchaba en dirección a su cuarto?~~

Lentamente y procurando no hacer ruido, Alonso regresó a su cuarto y se acostó.

—Mañana procuraré resolver estos problemas —se dijo, mientras se arrojaba, con un frío nervioso que le invadió de súbito.

10

El reloj de la sala dió las tres.

—¡Las tres de la madrugada! Mañana, sí mañana...

Y quedó profundamente aletargado.

XVII

Cuando despertó, a eso de las siete, Pablo regresaba del baño.

—Arriba, dormilón! — dijo en tono festivo mientras empezaba a vestirse.

—¿Qué hora es?—preguntó Alonso, admirado de aquella modorra que aún sentía, incorporándose en el lecho.

—Las siete pasadas.¿Qué tal noche?

—Regular... No he dormido bien...

De nuevo vinieron a su memoria los recuerdos de la noche anterior, y quedóse meditabundo, con la vista fija en un punto del cuarto, sumido en profunda abstracción, de la cual salió al oír la voz de Pablo que preguntaba, mirándole con interés:

—¿Qué te pasa, chico? Estás pálido, ojeroso...

—No sé — contestó Alonso — no me siento bien... Creo que lo mejor que puedo hacer es largarme a San José hoy mismo.

Pablo quedó sumamente extrañado de la contestación de su amigo, y exclamó:

—¿Qué estás diciendo, hombre? Tan mal se

te ha tratado que estás ya aburrido a los cuatro días?

—No, chico, no estoy aburrido... Es que no me siento bien, créelo... Además —añadió en tono confidencial— no tengo motivos para estar satisfecho del recibimiento de Eulalia... Se muestra esquiva, llena de reservas para conmigo... No es la misma, no, qué diferencia!

—Vamos, disgustillos pasajeros... Algún chisme, cualquier cosa... Ya sabes como suelen ser las muchachas... /o

—No, Pablo, no es eso... La conducta de Eulalia es sumamente rara... Ya hablaremos con más detención; espérame, tomaremos el café juntos, y saldremos luego.

Un rato después, los dos amigos salían con dirección a la plaza, y se tendieron sobre el césped, bajo un copudo mango.

Allí hablaron largamente. Alonso confió a su amigo todas sus penas, logrando convencerle de que, efectivamente, la conducta de Eulalia para con él necesitaba una explicación; para obtenerla trazaron su plan, que vino a favorecer una circunstancia que parecía providencial.

Un poco antes de la hora del almuerzo llegó un campesino trayendo una cabalgadura correctamente ensillada. Venía por el Padre Félix para que llevara los auxilios espirituales a su mujer, que según decía, estaba en trance de muerte.

La caminata era larga; andando a prisa, bien podía regresar a las seis de la tarde.

—Yo lo vengo a dejar, tata Padre—decía el campesino cortésmente.

El Padre Félix, después de tomar un ligero desayuno, montó a caballo y salió al trote largo seguido por el campesino que llevaba la caja de los santos óleos, terciada ~~con~~ *en* bandolera.

A la hora del almuerzo, extrañado Pablo de que su hermana no llegara al corredor donde se reunían generalmente antes de pasar al comedor, la hizo llamar por David.

El chico regresó: Eulalia no quería almorzar; estaba con jaqueca.

—Ya lo ves—dijo Alonso a su amigo—. Una excusa.—Pablo *b* / intrigado *b* / fue al cuarto de su hermana, a la que encontró acostada, con una venda sobre la frente. *b* / *le*

—¿Qué tienes?—preguntó, cariñoso.

—Una jaqueca horrible—contestó Eulalia en tono doliente, con los ojos entornados.

Pablo le palpó la frente, le tomó el pulso. Temperatura normal.

—Descansa un rato—prosiguió Pablo—. Entre una hora estarás bien. Ya volveré.

Los dos amigos almorzaron solos, con David, y departieron sobre el mismo asunto en que ya se habían ocupado por la mañana.

Un rato después convinieron en ir al trapiche, y Pablo, dirigiéndose a David, ordenó:

—Vente con nosotros, quiero que nos lleves al *salto*; deseo ver esa catarata que no visito hace tanto tiempo.

—Es que es muy largo, y tengo que acompañar a *Laya*—replicó el chico rascándose la cabeza.

—No importa, el paseo bajo el sol te aprovechará; además, ahí quedan la cocinera y Onofre, por si se ofrece algo a Eulalia.— El chico fue de mala gana a buscar su sombrero.

¿Dónde queda ese salto?— preguntó Alonso con interés... —Eso es una riqueza... No me iré sin visitar ese valioso yacimiento de *hulla blanca*.

—Ya lo creo que es valioso! — Respondió Pablo—. Figúrate una caída de seis metros de altura, y un volumen para mover una turbina de gran potencia. Tengo mis proyectos... Ya te asociaré; pueda que nos convenga más ese salto, que cuantos títulos podamos conquistar, y que a veces no sirven más que para maniatarnos en la lucha por la vida, o para convertir en parásitos inútiles a ciertos temperamentos apocados, sin iniciativas ni energías... Vamos.

Los dos amigos salieron provistos de sus parosoles; David se les unió en seguida.

Un poco más allá de la plaza Alonso pretextó algo y regresó a la casa, entrando por la puerta trasera que quedaba cerca del jardín. Sentóse bajo la sombra de la enredadera, en el

mismo sitio que había ocupado la noche anterior.

Por más que gozaba en la casa de su amigo, de una confianza absoluta, presentía que hacía mal, que estaba cometiendo una acción indigna de un caballero; pero, pensaba:—¿No estoy en mi derecho de buscar una explicación que me aclare este misterio? Me guía un sentimiento noble, un derecho creado y aceptado, no violento ninguna ley, voy por el camino amplio de la franqueza; que se me diga si soy juguete de una coqueta sin corazón o se me ratifique un amor, un cariño que es mío...; que se me diga el motivo de esa frialdad.— Sintió sed y pensó ir al comedor por agua, pero desistió. No sabía cómo provocar la conferencia que deseaba tener con Eulalia, y temía perder aquella ocasión.

—Nada — se dijo resuelto —, le escribiré un papelito rogándole que venga aquí un momento. Es lo mejor.

Sacó la cartera y escribió algunas palabras. Se acercó a la cocina y preguntó a la vieja criada por Onofre.

—No está, anda allá dentro en el jardín con la niña *Laya*—contestó. Alonso vió el cielo abierto; iría al jardín y allí hablaría a todo su sabor.

Agitado por sentimientos indefinibles, empezó a andar paso a paso; llegó a la troje que

quedaba a su derecha, frente al gallinero y traspasó la puertecilla que daba acceso al jardín, rodeado en su mayor parte por un tejido de alambre.

Oyó voces allá dentro, y se detuvo; el corazón le latía con violencia, y aquellos latidos repercutían en sus sienes con el ruido de un martilleo...

¿Por qué?

pone
A veces, por un fenómeno puramente volitivo, se presiente, se adivina, detrás de la densa nube de la duda, que se interroga con ojos escrudñadores, en que la fatalidad, ~~por~~ ciertos destellos de videncia, algo trágico, algo trascendental que va a cambiar el rumbo de nuestra vida, haciéndola girar en espirales opuestas a la dirección que le imprimieran nuestros deseos.

Ocultándose en los macizos de verdura y procurando no hacer ruido, ~~avanzaba~~, avanzaba con la obstinación de un loco, ahogando la voz que en su interior le gritaba: «¿adónde vas, desventurado?; vuélvete, no busques la verdad, que a veces hiere como puñal emponzoñado». Él seguía avanzando en dirección de las voces y de aquellas risas cristalinas que a veces rasgaban la paz del jardín, como una florescencia de sonidos, que son la caricia más intensamente emotiva para el alma que ama...

¿Por fin!

Eulalia estaba sentada al pie de un corpulento árbol de aguacate, liando, en pequeños ramos, las flores que Onofre le alcanzaba... Rosas, muchas rosas, dalias, alguna azucena, jazmines, «varas de San José», agapantos, crisantemos.

Estuvo observándola algún tiempo, devorando con los ojos aquella hermosa estatua de carne, sorprendida en todo su esplendor, en la apacible tranquilidad del jardín, sin los postizos que oprimen el talle, sin otros afeites que sus colores, aún más hermosos y frescos que los de aquellas rosas que tenía en las manos y que ella olía de vez en cuando con honda voluptuosidad.

Vestía Eulalia un traje blanco, una especie de bata que después de ajustarse a las caderas, caía por delante, rectamente hasta abajo. El cabello recogido sencillamente con una cinta color rosa claro, y las mangas cortas y anchas, adornadas de encajes, dejaban al descubierto unos brazos regordetes, de una blancura lilial.

Ahora la observaba Alonso sin perder un detalle y procuraba serenarse, tranquilizar su espíritu, olvidar las horribles sensaciones que aún laceraban su cerebro, incubadas allí, por ciertas dudas quemantes desde la noche anterior y que ahora relampageaban en su alma con luz infernal.

Eulalia se levantó sacudiendo del regazo las

10
 hojas y los pétalos caídos. Estaba de perfil, y Alonso la contemplaba con ojos desmesuradamente abiertos, atónito, petrificado de espanto, dudando en medio de la gran desolación, de aquel inmenso desengaño, en que se ahogaba, si realmente vivía, o si era presa de una espantosa pesadilla, de una visión cruelmente sangrienta. La vio andar por las calles del jardín, erguida, satisfecha, con no sabía qué cierta ostentación de impudicia, de descoco, como una presunta madre, feliz de pasear el feto de su vientre, como medida de higiénica gimnástica, en preparación de un feliz alumbramiento. La siguió con ojos de odio profundo, de ira loca, de despecho estallante.

— ¡Ah la infame, la pérfida! — exclamó con voz ronca; y sus manos se asieron, en crispatura de garra, a las ramas del arbusto que le ocultaba, apretando, apretando hasta hacer añicos las hojas.

Eulalia había desaparecido y Alonso aun permanecía con los ojos fijos en el recodo del caminillo, donde el ropaje blanco se había ocultado hacía ya buen rato.

— ¡Así, así! — rugía en el desbordamiento de indignación que ardía en su alma—. ¡Así, así!

En su indignación creía tener entre sus manos el cuello de Eulalia, que crujía, que cedía a la ~~pasión~~ ^{pasión}, que se hacía un harapo sangui-nolento... El esfuerzo nervioso se agotó, sintió

presim

un agudo dolor en las manos, y soltó las ramas del arbusto que había oprimido.

Aun permanecían crispadas como dos garras — ¡Sangre! No, no es sangre—exclamó al mirarlas manchadas de verde, de un verde pegajoso, la sangre del arbusto. 10

Una hora después Alonso salía de la casa cural, por la puerta trasera, montado en su caballo, como reo que huye en furtiva evasión; dobló la esquina y pasó por el frente sin mirar siquiera hacia adentro, por las ventanas abiertas de aquella casa que ahora le parecía una cueva de ignominia.

No veía nada, no sentía nada; vivía hacia adentro de su ser, sin otra noción que la de alejarse, alejarse para siempre de aquel pueblo donde había pasado su infancia feliz, donde había nacido su primer amor, y donde dejaba sepultadas las más bellas ilusiones de su vida, llevándo el corazón desgarrado por la más alejosa herida.

Un poco mas allá de la plaza el caballo se detuvo. Alguien le hablaba; volvió a la realidad. 16

Pablo, en medio del camino, tenía la cabalgadura de su amigo sujeta por la brida.

— ¿Se puede saber adónde va, don Alonso? — le preguntó lleno de extrañeza, al mirar a su amigo con las polainas calzadas, las alforjas sobre la silla y el impermeable a la grupa.

—Déjame! — contestó Alonso con voz breve, mirando a su amigo con ojos enrojecidos y espoleando la caballería.

—¿Qué te deje?... ¡Así pases sobre mí! ...
¿Qué ocurre? A dónde vas?... — repuso Pablo, ya alarmado, al notar el cambio brusco en la fisonomía de su amigo.

—Te lo ruego — insistió Alonso — por favor, déjame partir... Respeta mi decisión...

—Tú estás loco; no te irás, te juro que no te irás... a menos que me expliques el motivo de esa resolución.

—No puedo, no puedo!... Déjame, no trates de averiguar nada — y de nuevo intentó ponerse en marcha.

—¿Qué no trate de averiguar nada?... — Estas palabras resonaron en los oídos de Pablo, de manera extraordinaria, como un enigma doloroso, tras el cual se ocultaba algo grave, algo que le atañía a él directamente.

¿De qué se trataba?...

Pablo ejercía sobre Alonso un ascendiente casi definitivo. En su larga vida de intimidad, siempre prevalecieron las opiniones de aquél, no porque tuviese un carácter más voluntarioso y dominante, sino por la lógica de un raciocinio severo y amplio que era en Pablo peculiar. Su alma, dotada de cierta fuerza, de cierta amplitud de concepción, y de expresión, imponía sus atributos a la de Alonso, más

ingenua, más sentimental, aunque más vehemente.

¡ Cuántas veces las explosiones de ira, y las frases exaltadas de Alonso habían sido acogidas por un silencio profundo por parte de Pablo o por una carcajada festiva que acababa por desconcertar a aquél y desarmarlo con la facilidad con que se desarma a un niño que luego se ruboriza ~~por~~ sus desplantes!...

¿ Con que no trate de averiguar nada?... — insistió Pablo, sintiendo una profunda amargura al repetir aquella frase odiosa. — Pues precisamente, por eso que me dices — continuó — ~~lo~~ he de saber ^{lo} todo... ¿ lo oyes bien?... | todo, absolutamente todo! / /

— No insistas, por Dios, Pablo, ¡ no insistas! — suplicó Alonso, en tono de amistoso ruego.

— Vamos, hazme el favor de apearte en seguida, volvamos a casa, allí nos explicaremos.

¡ Crees, por ventura, que voy a dejarte partir, así, porque se te antoja, por un capricho cualquiera?... Estás soñando; ni tú tienes razón para obrar de manera tan brusca, sin miramientos de ninguna clase hacia nuestra vieja amistad, ni yo creo haberte dado motivo para que merezca de ti semejante desaire... Apéate, y volvamos a casa.— David — continuó Pablo dirigiéndose a su hermano, que era espectador de esa escena — llévate el caballo a la caballeriza, y cuidado con decir ni advertir nada a nadie de lo

10 / 0
que has visto, ¿entiendes bien?... Absolutamente a nadie.

—No, ¡a tu casa nó! — suplicó Alonso resistiendo a las tentativas que hacía su amigo por desmontarlo.

—Entraremos a nuestro cuarto por la parte trasera... Nadie nos verá; todos ignorarán lo ocurrido, y, para tranquilizar tu ánimo, te prometo que una vez que sepa el motivo de tu resolución, te irás cuando te plazca, pues nada sería capaz de unir ciertos sentimientos, una vez rotos... Conque, a ver si bajas.

Todavía discutieron buen rato los dos amigos. Alonso resistía abiertamente, pero poco a poco, el influjo de Pablo principió a dominar su ánimo, y sin darse cuenta de lo que hacía echó pie a tierra ayudado de su amigo.

David montó en el caballo, y partió al galope en dirección de la casa cural.

Pablo tomó del brazo a su amigo y después de dar un pequeño rodeo entraron a la casa por la puerta del jardín, y se refugiaron en el cuarto atrancando por dentro para no ser molestados por nadie.

Alonso se dejó caer en su catre, y ocultó el rostro entre las manos.

Pablo enfrente, contemplaba a su amigo con tierna expresión de cariño.—Muy fuerte ha debido ser el disgusto que este excelente muchacho ha sufrido, para que de tal modo haya pertur-

bado esa ecuanimidad encantadora de su carácter—pensaba.

Alonso sollozaba de vez en cuando. Pablo se sentó a su lado, y pasando un brazo por el cuello de su amigo le preguntó, fraternalmente:

—Bueno, pero dime... ¿te explicaste con Eulalia? Ya me figuro la entrevista... Tú, quejoso, quisquilloso, exigente... Ella caprichosa, reservada para hacerte rabiar, con fingida indiferencia acogió tus quejas, tus reproches... Tú, vehemente, lleno de impaciencia dijistes algo, se agrió la entrevista, y saliste disparando, ensillaste el rocín, y abur.

¡ Como si lo estuviese viendo! ¡ Fue así? le

Alonso no contestó.

—Bien —prosiguió Pablo sin impacientarse.— Entonces... no hubo tal entrevista... Ella, siguiendo su plan, o enojada por algo, por cualquier cosa, por eso que enoja a las mujeres, no quiso oír tu súplica, no ha querido salir de su encierro, la jaqueca no ha cedido, y tú te impacientaste y... ¿ Fue así?.. le

Alonso guardó silencio.

—Hombre, ni que estuviese consultando la esfinge de Giseh... Dime algo, cuéntame; entiendo que del combate, si lo hubo, sacaste la lengua ilesa... digo... li

Alonso no decía nada, seguía sumido en su mutismo, y es probable que no oyera las interrogaciones de su amigo.

Hubo una larga pausa. Pablo sentía una profunda ansiedad, cuando recordaba las palabras de su amigo «No trates de averiguar nada».

Si las cosas hubiesen pasado como él se imaginaba, indudablemente la conducta de Alonso habría sido otra: no habría tomado tan a pecho aquella ruptura de sus relaciones con Eulalia por una cosa tan pueril y sin importancia. Aquel anonadamiento de que daba muestra Alonso, era la resultante de algo grave y trascendental, algo muy diferente a la querrela de dos enamorados, que a veces sólo sirve para acrecentar la pasión, y traer, después de un período más o menos largo, una reconciliación que les indemniza largamente de los sufrimientos que ellos mismos hicieron nacer, como un nuevo y poderoso incentivo, hacia un trato *Y* íntimo, más espiritual. Se propuso, pues, saber a toda costa la verdad de lo ocurrido.

En tono grave y pensativo empezó a hablar:

—Sabes, Alonso, que tu conducta para conmigo es de todo punto inexcusable... Estás en posesión de algo que no te pertenece por entero, que es de los dos juntos, y ese egoísmo tuyo, me arrebató algo que es mío por derecho divino, por el derecho de la moral, de la lealtad con que siempre nos hemos manejado.

Has sido mi amigo de la infancia, mi hermano; hemos vivido una larga vida bajo un mismo techo, moviéndonos la misma aspiración,

V más

con ideales análogos... Hay entre nosotros dos un vínculo creado que no podemos profanar porque está muy alto para que llegue hasta él el lodo de nuestras vilezas, y no podemos romperlo, porque es sagrado, sin incurrir en el peor y más ruin de los delitos... ¿Por qué esa traición, por qué esa falsedad?... ¿Con qué derecho usurpas a mi amistad, siempre fiel y transparente, la mitad de tus sufrimientos? Habla, responde; Eulalia es mi hermana, tú eres mi hermano... Tú no eres Caín, yo no quiero que muera a tus manos la lealtad de mi alma, porque no tienes derecho a asesinarla, ni yo lo tengo para dejarla asesinar... Habla |

—No puedo, no puedo... ¡Perdóname, respeta mi silencio, dí lo que quieras, haz lo quieras!.. —suplicó Alonso aflictivamente y de nuevo escondió el rostro entre las manos.

Pablo se quedó meditabundo. Su ansiedad no reconocía límites. Aquella contestación de Alonso lo dejó atónito, con el alma suspensa.

—Está bien; /tú no quieres hablar, ella hablará.—Y rápido, antes de que Alonso pudiera llegar a la puerta para impedirselo, Pablo salió del cuarto, y se dirigió resueltamente al de su hermana.

Eulalia dió un grito de angustia al verse sorprendida, con el traje desceñido, frente al espejo, donde empezaba a arreglarse para la hora de la comida.

Hacia cerca de una hora que Pablo conversaba con Eulalia, cuando el ruido de una caballería que entraba por el empedrado del patio llegó a oídos de Alonso.

Era el Padre Félix que regresaba.

Pablo continuaba hablando con su hermana; de pronto se oyó un grito angustiado, y la voz de Eulalia que gemía, desecha en ~~un~~ amargo llanto.

—No me lo preguntes!.. ¡No puedo, no puedo!

Pablo hablaba alto, indignado; sus gritos resonaban en el cuarto, como latigazos. Increpaciones, ruegos, amenazas, todo confundido en una incoherencia desbordada como un torrente, como un tremendo incendio en que todo crepita y se aniquila.

El Padre Félix entró al pasillo orientándose por aquella tempestad, sin fijarse en Alonso, que tras él se aventuró también, deteniéndose un momento como autómatas a quien se acaba la cuerda de improvisó.

Pablo salió del cuarto de Eulalia, el cabello en desorden, los ojos chispeantes de ira, los puños crispados en alto, como deseando golpear al cielo; desencajado, feroz, espantable, gritando a su hermana desde el umbral de la puerta:

—En vano ocultas el nombre de tu seductor; yo lo sabré, oh sí, lo sabré, y te juro que lo he de matar!

El Padre Félix, que se encontraba frente a la puerta en ese preciso momento, cayó de rodillas frente a Pablo, y juntando las manos, que el terror y la cobardía hacían temblar como las de un azogado, gimió dolorosamente:

— Perdón, hijo mío!

Pablo quedó breves momentos contemplando a su padre arrodillado a sus pies, con ojos de loco, estúpidamente, sin comprender nada. Las brumas que envolvían aquel misterio empezaron a desvanecerse y la tremenda realidad, como una losa maldita que aplasta el cerebro, en formidable choque, le dejó como suspenso de la vida, sin noción alguna de su yo, que se desintegraba, que se diluía en sensaciones de remolinos vertiginosos... De pronto en su cerebro estalló una centella que iluminó su conciencia, y de su boca partió el rayo fulminante, espantoso, que hirió al Padre Félix con estas palabras:

— ¡Tú! ¡Ah! monstruo!

Se tambaleaba como ebrio de ira, de demencia, casi en las lindes de la apoplejía...

Al notar a Alonso allá, en el final del pasillo, corrió hacia él con los brazos abiertos, y los dos amigos, confundidos en aquel abrazo, completaron la visión del tenebroso drama que había estallado con la fuerza bruta y aplastante de la fatalidad.

— Tenías razón, tenías razón! — clamaba

Pablo, fuera de sí — ¡ Huyamos de esta casa maldita!

Muy poco rato después, los dos amigos galopaban, se alejaban de aquel pueblo, llevando cada uno de ellos «una tempestad bajo el cráneo», y corrían, corrían como locos en medio de la obscuridad de la noche que ya había cerrado, lóbrega y sombría como la que llevaban en el alma.

XVIII

Rafael María no pudo conciliar el sueño. Entretenido en el arreglo de su viaje, le había sorprendido la media/noche, distrayéndole la selección de los objetos que debía colocar en la valija, abierta allí cerca, a los pies del catre mostrando a sus ojos las piezas de ropa esmeradamente dobladas en los compartimientos. Unas pocas camisas, un pantalón, una sotana de repuesto, regular cantidad de pañuelos de bolsillo, marcados con sus iniciales por la mano cariñosa de Engracia, quien se los había regalado el último ~~veinte y cuatro~~ de octubre, día de su santo; dos o tres libros sagrados, y en la bolsa destinada a papeles, una colección de estampas místicas, productos de las incansables litografías extranjeras, que en su afán de negocio y explotación, invaden los mercados de todo el mundo con sus enormes remesas que siempre encuentran compradores para satisfacer la fe religiosa de las multitudes o el fanatismo de los sectarios.

Iba de aquí para allá, recorría el cuarto en minuciosa requisa a fin de no olvidar nada.

veinticuatro

Lo único que faltaba poner en la valija eran el peine, el cepillo de cabeza y el de dientes, que estaban allí sobre la veladora, muy a la mano, debajo de los ojos, en previsión de un lamentable olvido, y que colocaría entre todos sus efectos antes de cerrar la valija y apretar las correas. . . Ah, también debía colocar allí dentro las frazadas pues él sabía que el Padre Juan no andaba tan boyante en ciertos menesteres caseros, para llegar así, desprovisto de los avíos indispensables o insustituibles. Cierto que la valija quedaría colmada, panzuda, pero ya sabía ~~por la experiencia de su viaje anterior~~ que estos utilísimos objetos reciben en su vientre sin protestar, todo aquello que se le quiera hacer digerir, como ciertos tragones que siempre encuentran un lugarcito para acomodar la última golosina que les llega a la mano.

el Hacía casi un año, desde el subdiaconado, que no iba a San Roque, su querido pueblo: ahora, ya diácono, quería pasar una corta vacación, para regresar y terminar lo poco que le faltaba para ^vpresbiterado, el término de su carrera, de su ansiada ordenación sacerdotal.

Después, él ignoraba dónde iría con su báculo de apóstol a predicar su Evangelio. Soldado de Jesús crucificado, estaba en sus filas, listo para ir a donde se le ordenase. . . No tenía otra consigna que la obediencia.

Han transcurrido tres años y medio; en todo

este tiempo, Rafael María había continuado sus estudios con el mismo entusiasmo místico, con la misma fe en los destinos que, según él, le tenía preparados el Altísimo para servir el más santo y glorioso de los ministerios.

Mostrábase contento y satisfecho de sus estudios.

Había meditado mucho y muy hondamente en la metafísica teológica, y acostumbrado su cerebro a pensar, a adquirir en aquellos problemas difusos en que solía abismarse su alma en especulaciones metafísicas de todo género.

En los ratos de ocio o de descanso, leía a los grandes oradores sagrados, y a los Padres de la Iglesia con gran fruición de su espíritu.

Pocos estudiantes a su edad habían leído y digerido tanto acopio de lecturas sagradas, y su gran memoria era proverbial entre sus condiscípulos y el profesorado del Seminario.

En su alta frente de pensador de veinte años, aún no cumplidos, dibujábase ya muy tenuemente la ondulada línea de una arruga prematura, como la estela que allí dejara la costumbre del pensamiento y de la meditación.

Ha crecido algo, pero su cuerpo permanece delgado, acusando un temperamento quizá excesivamente nervioso.

Llevaba la sotana con soltura, no exenta del todo de cierta infantilidad que algunos caracteres ingenuos no ~~lo~~ logran abandonar nunca, y ce-



ñía el talle con una banda de seda negra que caía por la cadera izquierda hasta el borde inferior de la sotana.

Expresión noble, llena de una atrayente simpatía era la de su rostro, donde apenas despuntaba, con la timidez de la pelucilla de una fruta madura, un bozo ya bien delineado, que le había hecho pensar más de una vez en la necesidad de proveerse de una navaja, pero rechazaba la idea juzgando prematura aquella operación.

El balcón del cuarto estaba abierto, y entraba una brisa fresca, llena de los efluvios de la noche. La luna, algo velada por infinitos címulos que el viento barría allá en las alturas, parecía correr, en marcha vertiginosa hacia el oeste.

Antes de cerrar la puerta, quedóse un momento contemplando el paisaje, que se extendía ante sus ojos, en un ~~claro~~ oscuro digno de Rembrandt. Veía la parte del Valle que quedaba a su frente, las moles de algunos edificios que destacaban sus contornos vigorosos en la confusa aglomeración de tejados que brillaban con claridad lechosa, húmedos por el relente, y allá en la lejanía, las sinuosidades de la cordillera, Los Andes, que marcha al sur, siempre al sur, como una cadena que uniera en nudos fraternales todos estos pueblos de una misma raza, que la hidalga Iberia nutrió con su sangre generosa, y donde los conquistadores pasearon orgullosos y valientes, entre selvas primitivas,

0706
negritas

elavoscuio
19

y por sus costas bravías, el mismo estandarte, como enseña de solidaridad, como un símbolo que debiera sustituir en no lejano tiempo, el sello de la gran unión hispanoamericana.

Miraba la alta mole del Irazú (1) que se recortaba en el fondo azul del cielo, como gigantesca atalaya enclavada en la lejana cordillera. Luego, oteaba los suburbios de la población que se extendían en todas direcciones, creciendo constantemente, como una mancha de aceite, conquistando los fondos baldíos, para levantar viviendas urbanas, ligeras y graciosas y cuya arquitectura se había impuesto en el país, después de la tremenda catástrofe de ~~Catargo~~ (2). *Catargo.*

Pensó, después de un largo rato en acostarse: cerró la puerta, y se encaminó a un rincón de su cuarto, donde tenía un reclinatorio, frente a una estampa de la virgen del Socorro, de la cual era adorador fervoroso. *12*

12 Rezó lleno de unción sus oraciones acostumbradas, rezó ~~con~~ todos, por el Padre Juan, por Engracia, la inolvidable amiga y compañera de su infancia, por los viajeros y caminantes, por los marinos, por la vieja Europa asolada por la guerra más impía y formidable que registra la historia del mundo, después de casi veinte

(1) Volcán al N. NE. de la ciudad de Catargo. Altura media 3390 metros.

(2) Capital de la provincia del mismo nombre, de 6.500 habitantes, que fué destruída por el terremoto de Mayo de 1910 con más de 500 víctimas. Actualmente se encuentra en parte reedificada.

siglos de cultura cristiana, que no han logrado devastar ni pulir la conciencia de Caín, el eterno Caín, que aún vive y perdura en la conciencia del hombre moderno, con todo el acervo de sus egoísmos y de sus traiciones. Rezó por Roma, la ciudad eterna, asiento del representante de Cristo en la tierra, por Italia la legendaria, arrollada también en la espantosa conflagración que amenaza, como el Juicio Final, como el fin del mundo, pero un fin consumado por sus propias manos, a sangre y fuego, y hierro... Un mundo que se suicida.

Antes de meterse en la cama, sacó del bolsillo del pantalón una pequeña cajita, y extrajo de ella una medalla de oro, bella reproducción en esmalte de la Virgen del Socorro. Era su regalo para Engracia.

La medallita colgaba de una cadena fina y graciosa que cerraba con un pequeño broche.

La contemplaba lleno de orgullosa satisfacción. Cuántos desvelos y privaciones representaba aquel objeto que destinaba a su dulce amiga, que seguía recordándolo siempre, como en los primeros días de su ausencia, con sus postales, sus cartas y sus flores, siempre claveles blancos de la mata que había sembrado en su compañía.

Se durmió como un niño, después de haber contemplado la medallita por última vez, que dejó sobre la veladora.

Por un fenómeno natural y frecuente en ciertos temperamentos, el cerebro de Rafael María, que había recogido tantas impresiones diversas, excitado por el placer de su viaje, de volver a ver a personas queridas, empezó a reflejar, como retazos de una cinta cinematográfica, las imágenes recogidas, que su fantasía presentaba con mayor o menor propiedad, pero a las cuales servían de fondo ~~de~~ ideas ya pretéritas o temores, quizá simples suspicacias de su malicia...

Y sintió que la puerta interior de su cuarto se abría cautelosamente y que una cara horrible, mefistofélica, se asomaba y le miraba con ojos de reflejos verdes, satánicos, que despedían chispas: sin moverse de su lugar, aquella fatídica figura, empezó a estirar un brazo que se alargaba, que se alargaba, y llegaba a la veladora...

Un brazo enorme, de dos metros, terminado por una mano de horribles uñas, una verdadera garra que se posó sobre la medallita, al propio tiempo que con voz sorda y cavernosa decía:

—Tengo celos, celos feroces de esa medalla.

Rafael María se había ~~ergido~~ para defender su joya, pero dando un grito de dolor había retirado la mano... El contacto de la garra le había hecho el efecto de un golpe eléctrico, y tiritaba de frío, de pavor. Miraba la máscara de aquel fantasma que ejercía sobre él una extraña fascinación, creyendo reconocerlo y suplicó: «Es

erguido

usted Padre Hans... Por favor... Por favor» y seguía tiritando.

—Tengo celos, celos feroces — repetía el fantasma, al propio tiempo que se apoderaba de la medalla.

Entonces Rafael María rezó con mucho fervor; se sintió animado de un valor extraño; con gran denuedo se lanzó sobre aquella furia blandiendo un tridente de hierro, calentado al rojo que iluminaba la estancia, con reflejos sangrientos, y que, sin saber cómo ni de qué manera, había llegado a sus manos; en la lucha, pensaba: «Como San Miguel, abatiré el dragón»... Y venció: Ya lo tenía bajo sus pies, el fantasma se revolvía bajo el tridente, con gran estrépito, y de pronto el tridente saltó hecho pedazos. El dragón (porque ya el fantasma se había convertido en un dragón infernal), dió un salto formidable y se lanzó por el balcón al vacío.

Una racha de viento había abierto la puerta del balcón, mal atrancada, y Rafael María despertó al ruido, jadeante, sudoroso, despavorido, y así permaneció algunos instantes, sin darse cuenta de su propio estado. Encendió la lamparilla eléctrica, y quedóse meditabundo contemplando el cuarto, y, con gran extrañeza, la puerta del balcón, que él recordaba haber cerrada, abierta de par en par.

—Extraño — murmuró — . . . ¡Qué horrible pesadilla! . . .

Se levantó y atrancó la puerta, tomó un poco de agua, y volvió a su cátre. Buscó la medallita de oro sobre la veladora, y al no encontrarla, sintió que un escalofrío recorría su cuerpo... ¿Se habrá caído?... Efectivamente, la medallita estaba en el suelo. Se rió de sus temores, y después de serenarse un buen rato se metió en la cama, resuelto a dormir las pocas horas que le quedaban. Empezó una salve, su oración favorita en ciertos trances. «Dios te salve, María llena eres de *Engracia*.../ Al despertar, al día siguiente, estuvo recordando todas los detalles de su sueño. ¿Qué tenía que ver el Padre Hans con la medalla?...

Hacía ya mucho tiempo que el Padre no hablaba con él más que lo indispensable, y algunas veces, cuando se encontraban a solas en el extremo de un corredor o en algún pasillo, el Padre sonreía, y mirándole amistosamente le preguntaba:

—¿Cómo va/Gonzaguita?...

El había agradecido muchas veces esa comparación, que, a pesar de todo, le llenaba de gusto, y ya no protestaba como las primeras veces. Se dejaba decir, y esa que él juzgaba enorme distinción en su misticismo, parecía un estímulo a su vida, ajustada con entera precisión a los deberes de su grado, haciendo una vida verdaderamente ejemplar.

Se levantó presuroso y antes de las ocho ya

se encontraba en la estación del ferrocarril; el Padre Juan le había telegrafiado diciéndole que en la estación terminal encontraría un mozo con cabalgaduras, listo para conducirlo a San Roque. Y halagado por una dulce esperanza, pensaba: «Esta noche estaré allá al lado de los míos». Y así ocurrió. Al caer la tarde dió vista, desde un recodo del camino, al querido campanario, sobre el cual revoloteaban las mismas golondrinas, y luego, frente a los mangos de la casa cural, en el centro de la carretera, una muchacha. Él la reconoció en seguida: era Engracia, que lo esperaba.

10

XIX

Una semana había permanecido Rafael María en San Roque, feliz y contento. Su llegada causó en la casa cural inmenso regocijo; donde quiera hallaba rostros amigos, que le sonreían afablemente, y un constante deseo de agradarle. Sentía a su derredor esa atmósfera de cariño y simpatía que rodea a las almas buenas, como una justa compensación a los nobles efluvios que emergen de sus almas.

El Padre Juan lo había encontrado muy crecido, y no se hartaba de mirar aquella dulce expresión de su semblante, todo humildad, en el cual se notaba un cierto aire de melancolía que ponía en sus ojos los reflejos de su alma mística y soñadora.

Rafael María pasaba largas horas al lado del Padre Juan. Al acercarse a este excelso y virtuoso sacerdote sentía una impresión altísima, como quien se acerca a una montaña, al mar, a algo infinitamente grande y santo que comunica a nuestro ser algo también de su propia grandeza, de su propia santidad.

Se había impuesto un día, durante el almuer-

zo, con gran dolor de su alma, de las indisposiciones del Padre Juan; éste había sufrido ya dos serios ataques, uno de los cuales tuvo caracteres tan graves, que fue preciso llamar al Padre Félix Nicuesa, el cura de El Piñal, para que viniese a ponerle los santos óleos.

El almuerzo había terminado, y Rafael María, después de haber acompañado al Padre Juan a su cuarto, donde lo dejó acostado para dormir la siesta, volvió al comedor y se sentó en actitud meditabunda.

Tanasia, la vieja cocinera, que se embobaba contemplando a Rafael María, que ya le parecía un *verdadero padrecito*, vino en seguida, para hacerle compañía y proseguir la conversación que tanto le interesaba, llegando un rato después Engracia, que se había quedado, con su acuciosidad acostumbrada, arreglando las trébedes de la cocina.

— Pero, ¡qué ingratitud! — exclamó Rafael María, prosiguiendo la conversación — no haberme llamado... ¿Por qué no me escribieron?

— Para qué — contestó Tanasia —. El Padre no quiso, dijo que era distraerte, hacerte perder el tiempo, que no valía la pena.

— Yo sí se lo dije en una carta — apuntó Engracia —, que el Padre había estado un poco enfermo, pero que ya estaba mejor.

— Sí, lo recuerdo, pero de eso a la verdad de lo ocurrido, hay una enorme diferencia —

contestó Rafael María, y agregó: —Y el médico?
 ¿Qué dice el médico?

—Pues, lo que dicen siempre: que van a ver... que la enfermedad cederá si encuentran *individuo*, y que tal y cual... —contestó Engracia, que trataba de hablar ahora muy pulidamente y con la mayor propiedad.

—Yo me asusté mucho esa tarde... Creí que cuando el Padre Félix llegara — exclamó Tanasia — ya no lo encontraría vivo... ¡Jesús, María y José, qué susto!

—¿En qué tiempo fue?

—Hora pa San Rafael... ¿Fue el veinte o el venticuatro? — interrogó Tanasia a Engracia, mirándola fijamente.

—Fue el veinte — contestó Engracia medio ruborizada... — Estaba marcando los pañuelos *para él* — *Él*, era Rafael María.

Éste, preocupado como se hallaba con estas noticias que tanto le contristaban, no paró mientes en aquella remembranza de su amiga, y quedóse un rato meditabundo, distraído, mirando hacia el jardinillo que se extendía a su frente, dentro de un cercado hecho de cañas, en que las enredaderas extendían, a todo su sabor, la verde ~~manaña~~ de su follaje, alegrado, a trechos por racimos de flores caprichosas, sobre las cuales zumbaban algunos insectos.

Reinaba una calma profunda, interrumpida a veces por el martilleo del obrero, allá en el cuarto

de la zapatería, en la cual pasaba el Padre Juan algunos ratos, a pesar de sus dolencias.

De pronto, Rafael María interrumpió el silencio:

—Y el Padre Félix, cómo sigue? — preguntó.

Tanasia hizo un ligero mohín que no pasó inadvertido para Rafael María, y contestó:

Pues — ~~Es~~, siempre lo mismo... dando en que hablar a la gente ese *bendito* Padre... Hora es que parece... yo no sé si es que le levantan falsos testimonios... Parece, dicen, que se ha *dao* mucho a la bebida.

¿Y no sabe la desgracia de la niña Ulalia?

—No — contestó Rafael María, mirando con aire de súplica a su interlocutora temeroso de escuchar las nuevas confidencias, que la vieja, con esa facundia propia de las de su clase, soltaba sin rodeos ni eufemismos.

¡Si ha tenido dos chiquitos!... el primero se le murió, y el último ya tiene año y medio... *Usted* no se acuerda de Alonso, del hijo de *ñor* Isidro, que estaba allá, en San José, estudiando, junto con Pablo, el hijo mayor del Padre?... *Pos* era novio de la niña *Ulalia* y pensaba casarse... es que dicen que de aburrido se fue *pa* esa bendita guerra que hay por allá, largo, y que Pablo también se fue... Eso ha *dao* mucho que decir, porque a la niña *Ulalia* nunca le había salido otro novio... y...

Todo aquello lo había dicho la vieja de co-